

gunas espigas, las desgranaban entre las manos y comían los granos.

Los apóstoles obraban sin escrúpulo; el Señor, que les estaba mirando, no les prohibió este pequeño alivio de su necesidad, y era preciso ser de un genio muy malo para tener que notar en esto y oponerlo, no á la ley de la justicia con la que podía tener mas encuentro, sino á la ley de la fiesta; pero los hombres de esta malignidad nada ven que les parezca inocente en aquellos que aborrecen, bien que de otra manera no seria fácil perder á un enemigo virtuoso, si se hubiera de aguardar á que cometiese delitos. Los fariseos que se habian mezclado con el pueblo, que seguia al Señor, sin escandalizarse realmente, se dieron por muy escandalizados. Desde luego se dirigieron á los apóstoles, y muy serios, les echaron en cara la trasgresion de la ley: ¿Cómo, les dijeron, os atreveis á hacer lo que no se permite en el día del sábado? No sabemos lo que les contestaron los apóstoles, ni aun si les contestaron; lo que sabemos es, que luego fueron á su divino Maestro y le dijeron en tono de reprension: ¿No veis que vuestros discípulos hacen lo que no es lícito en sábado? ¿Y no habeis leído vosotros, les contestó el divino Maestro, lo que hizo David, cuando él tuvo hambre y los que estaban con él? ¿Cómo entró en la casa de Dios en el tiempo de Abiatar, príncipe de los sacerdotes, y comió los panes de la proposicion, de los cuales no era lícito comer sino á los sacerdotes, y aun dió de comer á los que iban con él? ¿Ó no habeis leído en la ley, que los sacerdotes en el templo quebrantan el sábado y no pecan? Si supierais que el Señor prefiere la misericordia al sacrificio, jamás condenaríais á los inocentes. El sábado ha sido hecho por el hombre, y no el hombre por el sábado. No quedaron satisfechos los fariseos con estas razones, porque nada escuchaban. Pero el sábado siguiente entró el divino Maestro en la sinagoga y enseñaba con milagros esto mismo.

Cura á un manco en dia de fiesta y confunde á los fariseos.

Habia allí un hombre que tenia seca la mano derecha y debia ser motivo de un milagro. Estaban observando á Jesucristo los escribas y fariseos para ver si curaba en sábado y tener de que acusarle; su ansia de perderle no les permitió esperar á que curase al manco para principiar á acusarle, y le hicieron una pregunta muy á propósito para conseguirlo. ¿Es lícito, le dijeron, curar en dia de sábado? Ellos esperaban, ó un sí, para acusarle con la ley; ó un no, para acusarle con su hecho; porque ya habia curado antes en dia de sábado; pero Jesucristo, que estaba viendo sus pensamientos, nada contestó, y dirigiendq su palabra al hombre que tenia la mano seca, levántate, le dijo, y mántente de pié ahí en medio; y el hombre se levantó y puso de pié en medio de todos. Entonces Jesucristo les hizo una pregunta que les redujo al silencio. Decidme, les preguntó, ¿es lícito hacer bien ó hacer mal en los sábados? ¿Salvar la vida ó quitarla? ¿Quién de vosotros, que tenga una oveja, si esta cayere en un hoyo en dia de sábado, no echará la mano (por no trabajar en dia de sábado) y la sacará de él? ¿Cuánto mas vale el hombre que la oveja? Lícito es, pues, hacer bien en los sábados: y entonces mirándoles con indignación, y condolido al mismo tiempo de su ceguedad, dijo al hombre (que se mantenía de pié), extiende tu mano; y él la extendió y fué sanada la mano. Los escribas y fariseos al verlo se llenaron de insipiencia, y en su fatuidad hablaban los unos con los otros sobre lo que harían con Jesucristo. Creyeron que no bastaban solos para perderle y que necesitaban socorro, y luego se fueron á los herodianos ó cortasenos de Herodes, y consultaban con ellos. No les traía mucha honra esta compañía, porque los herodianos pasaban por hombres sin religion; pero ¿adónde ne se recurre

cuando se trata de perder á un rival? Jesucristo, que veía sus intenciones, se retiró, para no ser víctima de su odio antes de tiempo, porque aun no habia llegado el señalado por su eterno Padre para consumir el sacrificio.

Jesucristo se encamina á la ribera del mar y la multitud le sigue.

Mientras que los enemigos de Jesucristo buscaban quien les ayudase á perderle, el Señor se encaminaba á la ribera del mar de Galilea á hacer nuevos beneficios. Luego le siguió una multitud innumerable que habia venido de la Galilea, de la Judea y de los países del otro lado del Jordán, de Jerusalen, de la Idumea y hasta de los contornos de Tiro y Sidon, atraída de la doctrina celestial que enseñaba y de los milagros que hacia. Entre esta multitud habia muchos enfermos y energúmenos, y Jesucristo les curaba á todos. Los espíritus inmundos, luego que le veían, se postraban delante de Él y clamaban: Tú eres el Hijo de Dios; pero el Señor les amenazaba fuertemente para que no le descubriesen. Por otra parte los enfermos le oprimian procurando acercarse, porque ya era sabido que bastaba tocar sus vestidos para sanar de cualquiera enfermedad que padeciesen; y en efecto, todos le tocaron y todos quedaron sanos. Ordenó el Señor á los enfermos, llevado de su caridad, que no publicasen sus milagrosas curativas para no irritar mas á los fariseos, á quienes acababa de humillar tan profundamente.

Mansedumbre de Jesucristo.

Era tal la mansedumbre de Jesucristo, que cuando la gloria de Dios, ó la dignidad de su ministerio no le precisaban, queria mas no recibir el honor que se le debia, que mortificar, recibéndole á sus enemigos. Así se cum-

plia lo que habia dicho Dios por el profeta Isaías: Hé aquí mi amado en quien tengo mi complacencia. (Él es mi Hijo por naturaleza, y se ha echo mi siervo por obediencia). Él anunciará la justicia á las gentes y mostrará la salud á las naciones. No porfiará, no acabará de quebrar la caña medio quebrada, ni de apagar la mecha medio apagada. Tal es la pintura que de la mansedumbre de Jesucristo nos hace el Espíritu Santo.

Después de tantas curativas, el Señor se retiró á la ribera del mar y mandó á sus apóstoles que le previnieran un barco, en el que pudiese entrar para que no le oprimiese la gente. Así lo hicieron, y luego que Jesucristo se embarcó, le dejó la multitud. Entonces el Señor bajó á tierra y se volvió con sus discípulos á Cafarnaun.

Cura á un endemoniado, ciego y mudo.

No bien habia entrado en la ciudad, cuando le presentaron un hombre poseido del demonio, ciego y mudo. Las atenciones que queria guardar con los fariseos para no hacerles peores, no debian llegar al extremo de impedirle que obrase milagros é hiciese bien á los hombres. Habian bajado de Jerusalen á Cafarnaun muchos escribas y fariseos, ora fuesen los mismos que hallaron en la curativa milagrosa del manco, ora fuesen otros que, creyéndose mas ástutos para perder á Jesucristo, viniesen de nuevo. El enfermo que ahora se ofrecia al Señor, padecia tres males, capaz cada uno de probar el divino poder. Estaba poseido del demonio, ciego y mudo, y el Señor sin dejarse rogar, como en otras ocasiones, libró al hombre del demonio, le dió vista y oido, y todo lo hizo en un momento. Habia concurrido, como siempre, una multitud, y todos quedaron asombrados al ver tantos prodigios á un tiempo. ¿Por ventura, decian, no es este el hijo de David? (¿el heredero de su

trono? ¿el que debe ser rey de Israel? ¿el Mesías prometido?)

El convencimiento y los elogios del pueblo desesperaban á los escribas y fariseos, que á nada cedían. ¿Pero qué partido podían tomar en el caso presente? Los prodigios eran incontestables. Las curativas habían sido simultáneas y en un solo momento, el hombre que había recibido este inmenso beneficio, ni era infiel, ni extranjero; era un descendiente de la casa de Jacob, un discípulo de Moisés; y los milagros no se habían hecho en sábado. Parecía que no había arbitrio para negar el poder infinito de Jesucristo y por consiguiente para negar su divinidad. Pero ¿cuándo las lenguas, aguzadas por el aborrecimiento, se redujeron al silencio?

Atribuyen los escribas y fariseos al demonio los milagros de Jesucristo.

Este, dijeron los escribas y fariseos, este (con tanto desprecio hablaban de Jesucristo) no arroja los demonios (por poderío de Dios) sino por fuerza de Beelzebub, príncipe de los demonios. La blasfemia era horrible y Jesucristo no juzgó desentenderse ahora de ella, como lo había hecho antes. Todo reino, les dijo, dividido contra sí mismo, será arruinado; y toda ciudad y toda casa, dividida contra sí misma, no subsistirá. Si Satanás, pues, arroja á Satanás, ¿cómo subsistirá su reino? Y si yo arrojo los demonios en nombre de Beelzebub, ¿en nombre de quién los arrojan vuestros hijos? (Lo decía por sus exorcistas y aun por los mismos apóstoles, que todos eran hijos del pueblo de Israel.) Por tanto ellos serán vuestros jueces. Pero si yo arrojo los demonios en nombre de Dios, sin duda ha llegado á vosotros el reino de Dios; que fué decir: los hombres arrojan los demonios en nombre de Dios solo para hacer bien á los hombres, pero no para probar que son hijos de Dios. Yo arrojo

los demonios y obro multitud de prodigios, no solo para hacer bien á los hombres, sino también, y principalmente, para probar que soy Hijo de Dios; luego si yo arrojo los demonios en nombre de Dios, como vuestros hijos, y en prueba de que soy Hijo de Dios, además, sin duda ha llegado á vosotros el reino de Dios, el reino del Redentor y Salvador de los hombres, el reino del Mesías, el reino del Hijo de Dios. ¿Ni quién puede entrar, añadía Jesucristo, en la casa del fuerte y quitarle sus alhajas, si antes no le ata y sujeta? Jesucristo sujetaba á Satanás y le quitaba sus alhajas; luego no en virtud del príncipe de los demonios arrojaba los demonios, sino contra el poderío del príncipe de los demonios.

Los escribas y fariseos, testigos de las obras de Jesucristo, debían conocer todas estas verdades, mas se obstinaban en no mirarle como Mesías, porque no era rico y poderoso; sin embargo, no se atrevían ya á oponerse á tantas y tan incontestables pruebas, y se contentaban con ser, como los incrédulos de nuestros días, unos hombres indiferentes; pero las pruebas habían llegado á un estado de evidencia que no permitían esta indiferencia; y así les dijo Jesucristo: Que no declararse por Él, era ser sus enemigos; que no unirse con Él para congregar las ovejas de Israel, era dispersarlas y perderlas. Quien no es conmigo, les dijo, es contra mí; y el que no congrega conmigo, derrama.

Dificultad del perdón de la blasfemia.

Los escribas y fariseos habían proferido horribles blasfemias, y Jesucristo tampoco quiso dejar pasar sin reprensión estos delitos. En verdad os digo, prosiguió, que todos los pecados y blasfemias que profirieren los hijos de los hombres (por ignorancia ó por flaqueza), les serán perdonados (si piden perdón y hacen penitencia); pero el que blasfemare contra el Espíritu

Santo (que es pecado de pura malicia), nunca tendrá perdón (no porque haya pecado imperdonable, sino porque su malicia no permitirá que pida perdón y haga penitencia); y vendrá á ser reo de un pecado eterno. Los escribas y fariseos estaban cargados con este delito, porque habian dicho que Jesucristo tenia Beelzebub, y que en nombre de este príncipe de los demonios arrojaba los demonios, y era decir: que el Espíritu Santo, de que estaba lleno Jesucristo, era Beelzebub, príncipe de los demonios; y que los demonios que arrojaba Jesucristo en virtud del Espíritu Santo, los arrojaba en virtud de Beelzebub, príncipe de los demonios. Vuelvo á decir, que la blasfemia era horrenda, y que no era mucho que Jesucristo la mirase como un pecado imperdonable. Aquí Jesucristo, lleno de indignacion, dirigió á los escribas y fariseos una reflexion que debiera haberles hecho temblar; pero qué apenas hizo en ellos una ligera impresion. Raza de víboras, les dijo, ¿cómo habeis de poder hablar cosas buenas siendo vosotros malos? Porque (es sin duda que) de la abundancia del corazón habla la boca. El hombre bueno del buen tesoro (del buen corazón) saca buenas cosas, y el hombre malo del mal tesoro (del mal corazón) saca malas cosas. Haced bueno el árbol, y el fruto será bueno; pero si le haceis malo, su fruto será malo, porque como es el árbol, así es el fruto; que fué decirles: Si el diablo, que es el árbol, es malo, los frutos de este árbol, que son las obras, serán malos; y por consiguiente, si las obras que yo hago son buenas, no pueden ser obras del diablo. Así discurre san Jerónimo sobre este pasaje.

Piden los escribas y fariseos un milagro á Jesucristo y el Señor se le niega.

Entonces dijeron algunos de los escribas y fariseos: Maestro, queremos ver una señal (un milagro) de ti.

Testigos estos hombres perversos de una multitud de milagros, piden otros nuevos para hacer nuevas contradicciones, para calumniarlos todos y no rendirse á ninguno; pero Jesucristo, á quien, por decirlo así, se escapaban los milagros cuando se le pedian con humildad y confianza, no queria entregarlos á una malignidad soberbia é impía. Señal pide esta generacion perversa y adúltera, dijo Jesucristo con aquella indignacion que merecia semejante peticion, y no se la dará otra que la de Jonás profeta. Así como Jonás estuvo tres dias y tres noches en el vientre de la ballena, así el Hijo del hombre estará tres dias y tres noches en el corazón de la tierra (en el sepulcro); y así como Jonás fué una señal para que los Ninivitas hiciesen penitencia, así el Hijo del hombre lo será para que la haga esta generacion; pero ¡ay! los Ninivitas se levantarán en juicio contra esta generacion y la condenarán; porque ellos hicieron penitencia en la predicacion de Jonás, y esta generacion no la hará en la predicacion del Hijo del hombre; y ¿cuánto mas es este que Jonás? La reina del Austro (de Saba) se levantará en juicio contra esta generacion y la condenará; porque vino de los fines de la tierra á oír la sabiduría de Salomon, y esta generacion no oirá la sabiduría del Hijo del hombre, y ¿cuánto mas es este que Salomon?

Vienen á Cafarnaun á ver á Jesucristo su santísima Madre y parientes.

Aun estaba reprendiendo Jesucristo á los escribas y fariseos, cuando llegaron de Nazareth á Cafarnaun su Madre santísima y sus hermanos (parientes); pero era tanta la gente, que no solo estaba llena la sala en que predicaba el Señor, sino tambien las avenidas, de modo que no era posible verle; y no pudiendo entrar, le enviaron á llamar. Estaba rodeado de la multitud, cuando le

dijeron : Vuestra Madre y vuestros hermanos os esperan afuera, porque no pueden entrar. Amaba Jesucristo á su benditísima Madre con la mayor ternura, y guardaba mucha atención á aquellos que se juzgaba ser sus hermanos ó parientes ; pero á la sazón no era tiempo ni ocasión de manifestar, ni su ternura, ni sus miramientos. Estaba ocupado en la obra á que le habia enviado su eterno Padre, que era la salvación de los hombres, y para esto no habia diferencia entre padres, hermanos, parientes, ni alguno de todos los mortales. ¿Quién pensais, dijo Jesucristo á los que le daban el aviso, quién pensais que son mi Madre y mis hermanos? Y mirando á los que le rodeaban ; hé aquí, dijo, mi Madre y mis hermanos. Mi Madre y mis hermanos son los que oyen la palabra de Dios y la guardan. Cualquiera que hiciere la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, ese es mi hermano, mi hermana y mi Madre. Las gentes estaban embelesadas oyendo á Jesucristo ; pero esto no impidió que al fin se hiciese lugar para que entrase su santísima Madre y hermanos, le viesen, le hablasen y le manifestasen su cariño.

Habla Jesucristo á las turbas en parábolas.

Era tal la multitud que concurría diariamente á oír á Jesucristo, que le fué preciso salir de la casa de Cafarnaun y dirigirse á la ribera del mar. Le siguieron las gentes, y para no ser oprimido, entró en una barca, que le sirvió de cátedra, para enseñar desde ella á la multitud, que luego se colocó sobre la ribera. La presente instruccion fué una serie de parábolas ó comparaciones, segun la costumbre del país y del tiempo.

Primera, sobre la semilla.

Tomó el Señor la primera de la semilla que se siembra en la tierra. Salió uno á derramar su simiente, dijo, y cuando la derramaba, cayó una parte junto al camino, y fué pisada y se la comieron las aves del cielo. Otra cayó sobre piedra, y aunque nació, se secó luego, porque no tenia humedad. Cayó la tercera entre espinas, y tambien nació, pero creciendo las espina con ella la sofocaron. La cuarta cayó en buena tierra, y nació y dió el fruto de ciento por uno. Dicho esto, clamaba, *el que tenga oidos, que oiga*. Era este un proverbio que usaban los orientales para dar á entender que pedia meditacion aquello que se decia. Los discípulos entonces se acercaron al divino Maestro y le preguntaron : ¿Porqué hablais en parábolas á las gentes (y no claramente como á nosotros)? Porque á vosotros (que estais bien dispuestos), les respondió el Señor, porque á vosotros es dado conocer los misterios del reino de los cielos ; á los demás (porque generalmente no lo estan) solo les es dado conocerlos en parábolas. No quiso el Señor, aunque dió esta respuesta, dejar desairados á sus discípulos, que al parecer deseaban que hablase á las turbas sin parábolas, y explicó por sí mismo lo que acababa de proponer, diciendo :

Su explicacion

La semilla es la palabra de Dios. La que cayó al lado del camino, es la que cae en aquellos que la reciben descuidadamente, y luego viene el diablo, y (aprovechándose de su descuido) la quita de su corazon para que no se salven, creyendo. La que cayó sobre piedra, es la que cae en aquellos que, cuando la oyen, la reciben con gozo ; pero, como no echa raíces en ellos, creen

en el tiempo de la bonanza, y vuelven atrás en el tiempo de la tentación. La que cayó entre espinas, es la que cae en aquellos que la oyen con atención, pero la sofocan después entre los afanes, las riquezas y los deleites de la vida. En fin, la que cayó en buena tierra, es la que cae en aquellos que la oyen con buen deseo, y reteniéndola en un corazón muy sano, lleva su fruto en la paciencia. Cuidado cómo la oís, porque aquel que ya tiene la divina palabra, le será aumentada, y al que no la tiene, aunque piense tenerla, le será quitada. Como había principiado el Salvador por una parábola, tomada de la agricultura, en la que se ocupaban mucho los Judíos, continuó en valerse de ella, y les propuso otra, diciendo:

Segunda, sobre el trigo y la zizaña.

El reino de los cielos es semejante á un hombre que sembró buena simiente en su campo. Cuando dormían sus criados, vino el enemigo y sembró zizaña (ballico) en medio del trigo, y se fué. Habiendo crecido el trigo y salido la espiga, se dejó ver también la zizaña mezclada con él. Entonces admirados los criados, le dijeron: ¿Por ventura no sembrásteis buena simiente en vuestro campo? ¿Pues cómo es que tiene zizaña? El hombre enemigo lo ha hecho, les dijo. ¿Quereis, le preguntaron, que vayamos y la arranquemos? No, les respondió el señor, no sea que arrancando la zizaña, arranqueis también el trigo. Dejad que uno y otro crezca hasta la siega; entonces yo diré á los segadores: Coged primero la zizaña y atadla en haces para quemarla, y recoged después el trigo en mis trojes. Continuó Jesucristo proponiendo una tercera parábola, sacada también de la agricultura.

Tercera, sobre la siembra y la siega.

Figuraos, les dijo, un hombre que ha sembrado trigo en su campo: trabaja mucho en el tiempo de la siembra; pero descansa después hasta que llega el tiempo de la siega. Entretanto que él descansa, la tierra fructifica de suyo; primero, yerba y caña, después espiga, y por último grano, que madura en la espiga, y entonces echa el dueño la hoz porque ha llegado el tiempo de la siega. Toda esta parábola era una pintura de la Iglesia de Jesucristo, desde su nacimiento hasta su fin, que ha de ser el del mundo. Trabajó mucho Jesucristo para plantarla, hasta dar su sangre y su vida por ella; descansa ahora en el reino de su gloria, mientras que ella fructifica, formando sus escogidos; y cuando se haya madurado el fruto, cuando se haya completado este número, entonces arrojará para siempre en el fuego, hasta el último hacecillo de zizaña; segará el trigo y le recogerá en su panera, esto es, le colocará en el templo de su gloria.

Cuarta, sobre el grano de mostaza.

Continuando Jesucristo en hablar de su Iglesia, propuso otra parábola, diciendo: ¿Á quién asemejaré el reino de Dios? Semejante es el reino de los cielos á un grano de mostaza que tomó un hombre y le sembró en su campo. Este grano es el menor de todas las semillas, pero después que crece es mayor que todas las legumbres, y llega á hacerse como un árbol, en cuyas ramas vienen á anidar las aves del cielo. En las santas Escrituras por *reino de Dios* y por *reino de los cielos* se entiende con frecuencia la *Iglesia*; y lo que da á entender aquí Jesucristo es, que siendo tan reducida la Iglesia en su principio, llegará á ser como un árbol inmenso

que extenderá sus ramas por toda la tierra; que se acogerán á su sombra los reinos, y que las aves del cielo, en las que se entienden los reyes por la altura que ocupan, vendrán á anidar sobre ellas.

Quinta, sobre la levadura.

El Señor propuso otra en seguida, diciendo: El reino de los cielos (la Iglesia) es semejante á la levadura ó fermento que toma una mujer y lo envuelve en tres celemines de harina hasta que toda queda fermentada y aumentada maravillosamente. Esto es lo que se ha visto y verificado con la Iglesia de Jesucristo. Despues de haber fermentado, por decirlo así, en un rincon de la tierra, se aumentó maravillosamente y ocupó todo el mundo. Estas pinturas de la Iglesia, hechas todas en parábolas, ocuparon á Jesucristo hasta el fin de la tarde, y dieron cumplimiento á la profecía de David, que hablando del Mesías, habia dicho: Abriré mi boca en parábolas, y revelaré los misterios escondidos desde el principio del mundo.

Despedidas las turbas, que le habian estado oyendo en la ribera del mar, se volvió desde la barca en que las predicaba en la casa donde habitaba en Cafarnaun, que se cree era la de la suegra de Pedro. Parecia ser este retiro para tomar algun alimento y descanso; pero no fué así. Apenas entró en la casa, cuando sus discipulos le suplicaron que les explicase la parábola de la zizaña, que era la que les habia parecido mas importante y que habian entendido menos. Siempre que se pedia á su Majestad la explicacion de alguna verdad, se le ofrecia una ocupacion que le era mas dulce que el alimento y descanso, y así no les hizo esperar la respuesta.

Explicacion de la parábola de la zizaña.

El labrador que siembra el buen grano, les dijo, es el Hijo del hombre. El campo en que siembra, es el mundo. La buena semilla, son los hijos del reino. La zizaña, son los hijos de la iniquidad. El enemigo que la siembra, es el diablo. El tiempo de la siega, es el fin del mundo; y los segadores, son los ángeles. Así como es recogida la zizaña (al tiempo de la siega) y entregada al fuego, así será al fin del mundo; enviará el Hijo del hombre á sus ángeles, recogerán de su reino todos los escándalos y todos los que obran la maldad, y los arrojarán en el horno de fuego. Allí será el llanto y el crujir de dientes, mientras que los justos resplandecerán, como sol, en el reino de su Padre. Jesucristo concluyó la explicacion que le habian pedido los apóstoles con estas palabras: El que tiene oidos para oír, oiga; dánsoles á entender que debian meditar la explicacion que acababa de hacerles. Pasó en seguida á proponer otras breves, con las que acabó esta instruccion.

Tres parábolas sobre el tesoro, la margarita y los peces.

Es semejante, dijo, el reino de los cielos (la Iglesia) á un tesoro escondido en un campo, que habiéndole descubierto un hombre, vuelve á esconderle, y va y vende gozoso cuanto tiene y compra aquel campo. En esta parábola nos enseña Jesucristo, segun san Crisóstomo, no solo á vender todo lo que tenemos por ser hijos de la Iglesia, y poseer el inmenso tesoro que tiene para cada uno de sus hijos, sino tambien á venderlo con gozo, como el hombre de esta parábola. Propuso otra el Señor, diciendo: Semejante es tambien el reino de los cielos á un hombre negociador, que busca bue-

nas margaritas, y habiendo hallado una de gran precio, fué y vendió todo lo que tenia y la compró. En estas margaritas pueden entenderse, segun san Jerónimo, la ley y los profetas; pero en la margarita de gran precio se entiende el Evangelio. La última que propuso fué la de los peces. El reino de los cielos, dijo, es semejante á una red, que tendida en el mar, coge todo género de peces, y cuando está llena, los pescadores la sacan á la orilla, y sentados allí, escogen los buenos y los meten en vasijas, y arrojan á fuera los malos. Así será al fin del mundo, vendrán los ángeles y separarán entre los justos á los malos y les echarán en el horno de fuego. Allí será el llanto y el crujiir de dientes. Aquí vuelve á decir Jesucristo lo que habia dicho al concluir la parábola de la zizaña acerca del horno de fuego, sin duda porque queria quedase muy impreso en sus corazones, y añade: ¿Habeis entendido esto? Y ellos respondieron: Tambien lo hemos entendido. ¡Ojalá que todos los cristianos entendiéramos bien lo que es aquel horno de fuego eterno, que espera á los malos, y que lo meditásemos continuamente para librarnos de aquel fuego espantoso!

Va Jesucristo á despedirse de Nazareth, su patria.

Habiendo concluido Jesucristo todas estas parábolas, salió de Cafarnaun y fué á Nazareth, su patria. Bien sabia el Señor que esta segunda visita, que iba á hacer á sus paisanos, no produciria mas frutos que la primera; sin embargo, quiso hacerla para que no pareciese que era un ingrato con ella. Entró acompañado ya de los doce apóstoles, que aun no habia elegido cuando hizo la primera visita. Predicaba todos los sábados en las sinagogas y llenaba de asombro con su doctrina á todos sus oyentes. Admiraban la profundi-

dad de su sabiduría y la majestad de su Persona. Veian que todo en Él era grande, sus discursos, sus acciones y todo su porte. Sabian que hacia por todas partes infinitad de milagros... mas á pesar de todo esto, los frutos fueron tales como los de la primera visita. Todos estos antecedentes, que conducian incontestablemente á confesar su divinidad, vinieron á desaparecer con la memoria de que era hijo del carpintero José y de su esposa María. Así el Señor salió de Nazareth despues de haber curado algunos enfermos, como última señal de amor á su patria, para no volver á entrar mas en ella; y fué á recorrer las aldeas y castillos vecinos, predicando por todas partes el reino de Dios.

Temores de Herodes.

Los portentos que obraba el Señor hacian célebre su nombre y ponian en cuidado á los grandes de la tierra. Herodes, al principio tetrarca y despues rey de la Galilea, oia con frecuencia hablar de Jesucristo y de sus prodigios. Este príncipe, á juzgar por lo que hemos visto acerca de la prision y degollacion del Bautista, era un desenfrenado; y aunque no fuese naturalmente cruel, era á lo menos un cobarde, que no tenia bastante firmeza para detenerse en derramar la sangre humana, ya fuese por política, ó ya por condescendencia. Lo que vamos á ver nos le presentará como uno de aquellos hombres que se venden por espíritus fuertes, porque nada creen, y que no queriendo sujetar su entendimiento á la fe, ni por las mas poderosas razones, tienen siempre bastantes para vivir en una continua inquietud y no creer. Herodes con la continuacion de oír hablar de Jesus Nazareno, principió á entrar en recelos. No sabia qué pensar. Hacia que sus cortesanos le dicesen lo que se hablaba de Él en la Galilea, y el juicio